

mos la graciosa paradoja en que se resuelve esta gran acusación, y que se puede anticipar y resumir diciendo: el venal Mirabeau es uno de los hombres que se han vendido menos, si se advierte que es uno de los hombres que más se ha querido comprar. El pusilánime, al hacer su cuenta al grande hombre, olvida siempre el otro factor, que es el esencial: su grandehombria.

En 1787 vuelve a Francia. La nación está encinta de grandes acontecimientos. Hay un desasosiego universal en la sociedad. Todos, los de arriba y los de abajo, presienten que es preciso hacer algo; pero nadie sabe qué. Mirabeau

ve al punto, con ideductible seguridad, que su vida va a confundirse con la vida de Francia. Todo aquel privado frenesí de veinte años, toda aquella acumulación de saberes, de noticias, de proyectos, aquella energía, aquella capacidad de trabajo, aquella fruición en el conflicto, aquella voz de trompeta de postrimería, aquella fluencia verbal, va a insertarse en un punto de la historia.

Mirabeau reclama la reunión de los Estados generales para 1789. Su voz, de fuerza cósmica, de diabólico arcángel, anuncia el juicio final del Antiguo Régimen. Tiene cuarenta años. Es un gigante obeso, con el rostro picado de viruelas.

José Ortega y Gasset

(Seguirá en el próximo cuaderno)

Persiflage

Dos lágrimas de Gissing y un pasaje de Lecky

= Colaboración directa =

Para don Ramón del Valle-Inclán, — grande de la España republicana, — a la luz de cuya *Lámpara maravillosa* y al son de cuyas *Sonatas* se ha educado místicamente mi lujuria.

Le leí al viejillo Gissing lo que había escrito para el Congreso Nacional de la Infancia. Nos pusimos a discutirlo. No recuerdo, paso a paso, el curso de nuestra conversación. La determinación que he tomado de no casarme nunca, expresada por mí esta vez con fogosidad quizás demasiado ardiente, hizo sonreír a mi amigo una sonrisa que era como puerta entreabierta de su corazón. La pregunta que me hizo me abrió su corazón en pampa.

Cuando un corazón se os abre de par en par, dominad el impulso; no os apresuréis a entrar; quitaos toda aspereza; descalzaos como hace el mahometano a la puerta de su templo; y cuando os hayáis suavizado por completo, id despacio. Homero, para demostrar la ternura de Hécate, dijo que no pisaba sobre piedras, porque son duras, sino sobre las cabezas de los hombres; y tomando pie en esa cita, uno de los oradores más inspirados, en el *Banquete* de Platón, dice la ternura sin par del Amor, que se demuestra en que pisa sólo corazones. Olvidadizo, descuidado, egoísta, entré al corazón de Gissing con violencia, lastimándolo todo. El primer amor de Gissing fue muchacha de la calle. Él era estudiantillo en internado, acomodado a medias. Ya he contado cómo, para rescatarla de tan penosa vida, tomó a su cargo mantenerla. La pequeña *allowance* de que podía disponer resultó insuficiente. Gissing, poseído por entero por la generosidad, movido por el amor, que mueve el sol y a los otros luceros, sabedor, no obstante, de que el egoísmo humano ha elevado por sobre los derechos del corazón y aún por encima de los del alma, los derechos de la propiedad, a escondidas puso a contribución a todos sus compañeros para el nobilísimo fin que se había propuesto. Descubierta, fue expulsado del colegio, fue llevado a la cárcel. Como era por ella, lo sobrellevó todo con júbilo. Así irían a la arena del circo romano los mártires. No debí haber olvidado estas circunstancias.

Y hablé, al entrarme en el corazón de Gissing, con esa sorna cruel, acompañada de risilla, con que hablamos, los hombres, de las hijas del pesar a quienes torpemente los franceses llaman *filles de joie*. Los ojos claros de Gissing se enturbiaron y una lágrima como una estrella se prendió en sus pestañas. Comprendí el daño que había hecho. Los hombres sensibles llevan siempre su primer amor enterrado vivo en el alma. ¡Qué penoso ese instante! Dos lágrimas rodaron por las rosadas mejillas del viejillo. Yo quería echarme de rodillas y pedirle perdón; pero hubiera sido agravarlo todo. Bendigo al ángel que me inspiró recordándome aquella canción del mejicano Urbina, — el poeta famoso por el madrigal exquisito del beso aprisionado, — que no recuerdo ya qué cantante de zarzuela trajo a Costa Rica, la canción trisísima que tiene este estribillo:

¡Pobrecitas putitas
qué lástima me dan!
Van a casas de citas
para ganarse el pan

Gissing me oyó con deleite, con deleite espiritual. Le puso máscara a su pena. Tomando de sobre su escritorio la *Historia de la moralidad europea* de W. E. H. Lecky, me leyó un pasaje bellissimo de ese hermoso libro, que me conmovió hondamente.

No sé cómo pudiera comunicarnos la profunda emoción que me embargaba. Si sois, como yo, solterón que le teméis al matrimonio y habéis inquebrantablemente decidido no casaros nunca; y si a la vez sois animal sano, de sexualidad normal, esto es, abundante e irrefrenable, quizás alguna vez habréis tenido trato con muchachas de casas infamantes de quienes habréis pensado lo buenas esposas que hubieran sido, y entonces el desprecio que por todo su género habéis sentido antes os ha remordido en la conciencia. Esa experiencia no es demasiada rara. ¿Pero quién, como yo, hablando

despreciativamente de esas infelices, habrá lastimado el corazón de un amigo?

A regazo alquilado volveré; besaré labios que han besado centenares de hombres embrutecidos de lujuria (embrutecidos quizás no; quizás nunca tan humanos como entonces!); pero me prometo ser dulce, ser bueno, ser contrito. Me prometo que la concupiscencia no me cegará tanto que olvide mi culpa de hombre. Me prometo que humildemente besaré los pies de la muchacha sacrificada y le diré: *Yo no soy digno de los besos de tu boca*, y al poseerla será a manera de sacramento.

Salomón de la Selva nos debiera traducir a Lecky. A Lecky no lo ha traducido nadie al castellano, que yo sepa. El libro que he mencionado y su *Historia de la Revolución francesa* son obras que a todo espíritu generoso llenarán de admiración y darán el júbilo intelectual que brinda toda cosa bella. Me adelanto a la labor de Salomón traduciendo (¡él lo hará mejor!) el pasaje que me leyó el viejillo Gissing. Va así:

“Fue doctrina favorita de los Padres de la Iglesia que la concupiscencia, o sea la pasión sensual, había sido *el pecado original* de la naturaleza humana; y hay que convenir en que el progreso del saber humano, por opuesto que generalmente sea a la teoría ascética de la vida, concurre con el punto de vista teológico al demostrar que la potencia natural de este apetito es muchísimo mayor de lo que requiere el bienestar del hombre. Las obras de Malthus han probado lo que los moralistas griegos parecen haber comprendido en grado considerable, que el ejercicio normal y atemperado de este apetito en la forma de matrimonio produciría, si fuese universal, la mayor de las calamidades mundiales, y que, aún cuando la naturaleza inste a la raza de manera inequívoca a consumir matrimonios en época temprana de la vida, la primera condición de una civilización adelantada en países populosos es restringir o disminuir esos matrimonios. En ninguna sociedad de elevada civilización es regla general el matrimonio en la época del primer desarrollo de las pasiones, y la tendencia continúa, a medida que aumentan los conocimientos, es hacer más rara esa práctica. También es una verdad indudable que, por más que los moralistas insistan en poner en vigor la pureza extramatrimonial, nunca se ha cumplido ni siquiera aproximadamente con esta obligación; y en todas las religiones, se presenta el espectáculo de una vasta cantidad de indulgencias irregulares, lo que probablemente ha contribuido más que cualquiera otra causa única a la miseria y a la degradación del hombre.

“Hay dos fines que el moralista, al tratar esta cuestión, tendrá presentes de manera especial: el deber natural de todo hombre de hacer algo para el mantenimiento del niño al que le ha dado existencia, y la conservación del círculo doméstico en